

GUERRA Y SOCIEDAD EN LOS PUEBLOS CELTAS DEL NORTE DE *HISPANIA*

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA

Real Academia de la Historia



Detalle de uno de los fragmentos de la diadema-cinturón de Moñes, Piloña (Asturias).
(Museo Instituto Valencia de Don Juan, Madrid)

WAR AND SOCIETY IN THE CELTIC PEOPLES OF NORTHERN *IBERIA*

ABSTRACT

Cantabrians and Astures were Celtic Atlantic peoples of Northern *Hispania*, whose ethnogenesis goes back to the Bell Beakers Culture. In the Bronze Age and Iron Age adopted new weapons and evolved from small hill-forts (“castros”) to proto-urban *oppida*, but his conception of life and war was based on ancient beliefs, despite the expansion in the second and first centuries BC of Celtiberian equestrian elites which influenced the Atlantic Bronze substrate. These socio-ideological characteristics let us know how were the Cantabrians and Astures facing Roma in the Cantabrian Wars, and which was their concept of war, beyond the clichés transmitted by classical authors.

RESUMEN

Cántabros y Astures eran pueblos celto-atlánticos del Norte de *Hispania*, cuya etnogénesis se retrotrae hasta el Campaniforme. En la Edad del Bronce y la Edad del Hierro adoptan nuevas armas y evolucionan desde pequeños castros hacia *oppida* proto-urbanos, pero su concepción de la vida y la guerra se basaba en creencias ancestrales, a pesar de la expansión de elites ecuestres de origen celtibérico hacia las regiones septentrionales de *Hispania* en los siglos II y I a.C. influyó sobre ese substrato del Bronce Atlántico. Estas características socio-ideológicas permiten conocer cómo eran los Cántabros y Astures que se enfrentan a Roma en la Guerras Cántabras y cual era su concepto de la guerra, más allá de los tópicos transmitidos por los autores clásicos.

I. LOS PUEBLOS DE *HISPANIA* Y LA PAULATINA CONQUISTA ROMANA

La reunión sobre *Las Guerras Cántabras* celebrada hace 15 años en Santander a iniciativa del Dr. Eduardo Peralta (Peralta, ed., 1999), me permitió exponer una visión sobre “Los pueblos célticos peninsulares” (Almagro-Gorbea, 1999). En esta ocasión abordé un tema semejante, *Guerra y sociedad en los pueblos celtas del Norte de Hispania*, actualizado y concretado en los Ástures y Cántabros como protagonistas de las Guerras Cántabras.

La guerra es un complejo fenómeno social (Alonso Baquer, 2001), definible como un *conflicto con violencia organizada entre dos o más grupos humanos*, por lo que sus características dependen de la sociedad en la que se produce, ya que constituye una expresión más de su cultura (Harmand 1981: 9; Almagro-Gorbea, ed., 2009, 15 s.). Ello obliga a analizar las características culturales de los actores de la guerra para poder comprender qué tipo de guerra podían desarrollar, características que quedan conformadas por su proceso de etnogénesis.

Hispania, nombre de origen fenicio-púnico adoptado por los romanos para designar la Península Ibérica, está situada entre el Mediterráneo y el Atlántico en el extremo occidental de Europa, por lo que constituía el *finis terrae* del mundo en la Antigüedad (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds., 1992; Almagro-Gorbea, ed., 2014).

La Península Ibérica ofrece peculiaridades en su relieve, suelos, clima, vegetación y fauna, lo que ha repercutido en las muy diferentes culturas y pueblos de sus muy diversas regiones, por lo que la Península Ibérica, desde un punto de vista étnico, cultural e histórico, podría considerarse como un pequeño microcontinente, cuyos complejos procesos de etnogénesis se han visto afectados por diversas corrientes etno-culturales. Una procede del Mediterráneo, la gran vía de influjos culturales y demográficos del Sur de Europa desde el Oriente Medio. Por ella llegó el Neolítico, la metalurgia y, en el I milenio a.C., los fenicios, griegos, púnicos y, finalmente, romanos. Otra es la corriente atlántica que une las tierras del Occidente de *Hispania* con las de Francia y las Islas Británicas, como evidencian los con-

tactos megalíticos, el Campaniforme y la Cultura del Bronce Atlántico, cuando alcanza su culmen estimulada por los intercambios metalíferos. Una tercera corriente es de origen ultrapirenaico, pues relaciona la Península Ibérica con la Europa Central y, en concreto, facilitó los contactos entre las poblaciones celtas de ambos lados de los Pirineos. La consiguiente diversidad de culturas y gentes resulta evidente, como también el que todas las regiones ofrecen elementos comunes, que las diferencian de las culturas extrapeninsulares, hecho facilitado por contactos a través de la Meseta Central y por las vías de comunicación que desde la Prehistoria han facilitado los intercambios culturales y étnicos entre todas las regiones, con procesos de “sístole/diástole” en distintos periodos cronológicos según las diversas áreas afectadas.

Estos procesos explican la gran diversidad étnica que ofrecía *Hispania* al iniciarse la conquista romana. Esta diversidad era mayor que en otras regiones de Europa y ofrece un marcado gradiente cultural en sentido Sur-Norte y Este-Oeste, según la mayor apertura o lejanía a los influjos llegados del Mediterráneo aportados por contactos con fenicios, griegos y púnicos, que estimularon, a lo largo del I milenio a.C., los complejos procesos de etnogénesis de los diversos pueblos a los que se enfrentó Roma, procesos que coinciden con su evolución hacia la vida urbana, cuya culminación fue la incorporación de toda *Hispania* al Imperio Romano.

El complejo mosaico etno-cultural conformado en *Hispania* como consecuencia de los procesos señalados permite diferenciar tres grandes troncos, que corresponden a etapas y formas distintas de enfrentarse a Roma. Ésta, tras derrotar a los púnicos el 206 a.C., inició el largo proceso de conquista de *Hispania*. Inicialmente, prosiguió la tradición bárquida del “protectorado” o control indirecto basado en la clientela de las elites indígenas. Esta costumbre fue utilizada de forma sistemática por los romanos (Plut., *Sert.* 14,4: *a Sertorio le seguían muchos miles de hombres*) y “*llevaba siempre lanceros celtíberos en lugar de romanos, confiando en ellos la guardia de su persona*” (b.c. 1,112). Esa tradición, mantenida por la guardia personal de calagurritanos de Augusto (Suet., *Aug.* 49), puede considerarse una de las raíces ideológicas del culto imperial (Étienne, 1958)



Pueblos de la Hispania septentrional

Los turdetanos de las zonas meridionales y los íberos de las levantinas, regiones abiertas al Mediterráneo y al influjo de los pueblos coloniales, eran gentes más cultas y civilizadas, especialmente la Turdetania, como señaló Estrabón (III,1,6 y 2,1). La guerra de conquista por Roma en estas zonas fue breve y la romanización fue temprana e intensa a partir de inicios del siglo II a.C., facilitada por su anterior sometimiento al imperio bárquida. Del 195 al 190 a.C., M. Porcio Catón sometió todo el Noreste sublevado, llegó por primera vez a la Celtiberia y organizó la *Hispania Citerior* y su explotación económica. Tras la pacificación definitiva de la Bética, que duró algunos años más, las áreas turdetanas e ibéricas quedaron definitivamente sometidas.

Desde las zonas conquistadas se penetró hacia la Lusitania meridional, la Carpetania y la Celtiberia, en busca de botín, especialmente plata. En esta fase destaca la figura de T. Sempronio Graco, que impuso el pago de impuestos y estableció pactos con los indígenas que introdujeron una relativa paz entre el 180 y el 150 a.C., aunque a partir de la segunda mitad del siglo II a.C. se produjo el enfrentamiento definitivo de Roma con Celtíberos y Lusitanos.

Las gentes del centro, norte y occidente eran pueblos celtas afines a los del Occidente de Europa. Roma conside-

raba a los Celtas sus antagonistas “bárbaros” por antonomasia, desde que en el siglo IV a.C. Breno conquistó la *Urbs*. Eran pueblos de economía pastoril que mantenían una tradición guerrera indoeuropea desde el Campaniforme, con la guerra y la razzia como prácticas habituales, que Roma consideró simple bandolerismo, despreciando su estructura socio-económica. Al aparecer Roma en la Meseta, los Celtíberos y Lusitanos meridionales estaban en plena expansión hacia la periferia gracias a su fuerza guerrera reforzada por su estructura gentilicia clientelar con un incipiente desarrollo urbano que les permitía establecer *symmachia* para formar ejércitos más numerosos (Pérez Rubio et al., 2013).

Tras la Guerra de Viriato (Ap., *Iberia* 66 y 76), Roma penetró en la Meseta Norte en la “Guerra Numantina” y, tras la victoria de P. Cornelio Escipión sobre los numantinos (Ap., *Ib.* 84-98), la balanza se inclina del lado romano. En esta guerra 4.000 *iuvenes* numantinos vencieron el 137 a.C. a 20.000 romanos del cónsul Hostilio Mancino para cortarles la mano derecha, a fin de lograr desposar una princesa de gran belleza (*De vir. ill.* 59), rito que documenta tradiciones guerreras ancestrales, como era la de cortar la cabeza del vencido y suspenderla del caballo, como muestran las fibulas y *signa equitum* de los celtíberos (Almagro-Gorbea y Torres, 1999).

A lo largo del siglo I a.C. se desarrollaron las “Guerras Sertorianas” y la “Guerra Civil”. Sertorio basó su fuerza en tropas hispanas, básicamente de lusitanos y celtíberos (Floro, *epit.* 3,22), lo que facilitó la integración de las élites indígenas en el sistema clientelar romano al participar como auxiliares. Plutarco (*Sert.* 14) refiere que el ejército de Sertorio estaba dirigido por oficiales romanos y que “por medio de las armas, formación y orden romanos les había quitado aquel aire furioso y terrible, convirtiendo sus fuerzas de grandes cuadrillas de bandoleros en un ejército”. El mismo proceso evidencian la *Turma Salluitana* (*CIL* 1, 709) y los jinetes hispanos que ayudan a César en la Guerra de las Galias (*b.G.* VII,55,3), aunque estos contactos con el ejército romano también permitía conocer las tácticas romanas, que aprendieron a utilizar, como Viriato, en sus enfrentamientos a Roma.

Por último, los pueblos más alejados del Mediterráneo, Lusitano-Galaicos y los Celtas Astures, Cántabros y del País Vasco, Autrigones, Caristios y Várdulos, y en sentido cultural, no étnico, también los Vascones del Pre-Pirineo, ofrecían una estructura social más arcaica, basada en clases de edad y en *duces* elegidos, pues en ellos la tradición gentilicia no se había desarrollado o era muy incipiente, lo que explica su dificultad de adaptación a la romanización y su gran resistencia, a pesar de su menor capacidad técnica, táctica, estratégica y logística frente a los ejércitos romanos.

Tras vencer César en Munda el 45 a.C., los años posteriores ofrecen relativa calma en *Hispania*, hasta que Cántabros, Astures y Vacceos se sublevan el 29 a.C. Augusto, tras vencer a Marco Antonio en la batalla de *Actium* el 31 a.C., planificó finalizar la conquista de *Hispania* y someter *Gallaecia*, *Asturia* y *Cantabria*, lo que dio inicio a las Guerras Cántabras, último episodio bélico de la Conquista Romana.

En esta secuencia de acontecimientos bélicos, las Guerras Cántabras constituyen un hecho histórico de especial significado, pues marcan el final de ese sangriento periodo de más de 200 años de guerras desde la expansión bárquida hasta el final de la Conquista Romana. Los analistas romanos permiten conocer algunas vicisitudes de este conflicto, pero para comprender el enorme esfuerzo bélico que supuso, es necesario conocer las características de sus pro-

tagonistas, los Astures y Cántabros. La guerra se inició el 26 a.C. y fue particularmente dura, dureza que obligó al propio Augusto a abandonar el escenario bélico tras caer enfermo. Los cántabros ofrecieron gran resistencia hasta quedar sitiados y perecer en gran número en el Monte Medulio, lo que evidencia que fue una guerra de exterminio (Floro II, 33; Suetonio, Aug. 20-21; Dion LIII, 25, 5-8; Orosio VI,21), tras la que Augusto cerró en templo de Jano el año 25 a.C. para celebrar la paz, aunque la sublevación prosiguió de forma intermitente hasta la definitiva intervención del propio Agripa el 16 a.C.

Los dos siglos de lucha que supuso la Conquista Romana fue un formidable esfuerzo bélico para dominar el complejo mosaico etno-cultural de *Hispania*, que quedó integrada en el Imperio Romano, cuya labor civilizadora contribuyó a unificar gentes y culturas y alcanzar nuevos horizontes de desarrollo histórico.

II. LOS CELTAS DEL NORTE DE *HISPANIA*

La *Hispania Celtica*, que se extendía por el centro, norte y occidente de la Península Ibérica, constituía el extremo más occidental de la *Keltiké* o amplia área de Europa Central y Occidental ocupada por los Celtas y de ella proceden las primeras noticias transmitidas por los griegos, como Hecateo de Mileto (*FgrHist* 1 F54), que hacia el 500 a.C. informa de Celtas en *Narbon*, cerca de los Pirineos, testimonios completados en la *Ora Maritima* de Avieno (I,185 s., 485 s.) y por las noticias de Herodoto (II,33; IV,49).

En *Hispania*, su largo contacto con Tartessos e íberos afirmó su personalidad dentro del mundo céltico y enriqueció su cultura, al adoptar cerámica a torno, urbanismo e instituciones urbanas y la escritura, lo que explica que de *Hispania* proceda el mejor conjunto epigráfico en lengua celta anterior a las tradiciones literarias irlandesas medievales (Untermann, 1997; Jordán, 2004), como testimonio directo de su lengua y su mentalidad en la Antigüedad, aunque su correcta valoración todavía ofrezca dificultades.

Más discutido es saber cómo y cuándo llegaron los Celtas a la Península Ibérica, problema asociado a la interpretación de su notable articulación interna y de su evolu-



FOTOS: E. PERALTA

Grabados de Peña Tú (Llanes, Asturias) con representaciones de armas de la Edad del Bronce

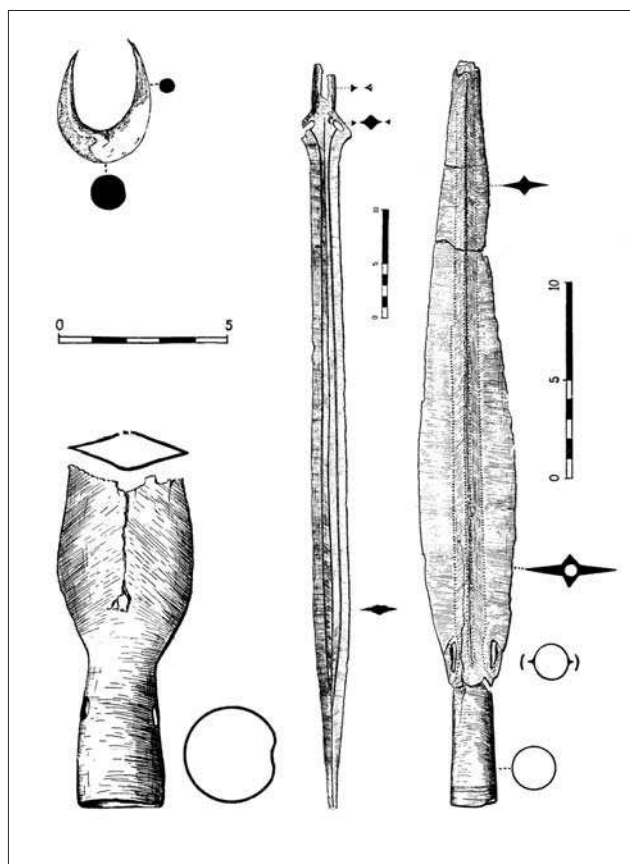
ción socio-cultural, ya que las tradicionales “invasiones celtas” deben ser sustituidas por procesos mucho más complejos, en los que, junto a invasiones, hay que valorar colonizaciones y contactos interétnicos (Almagro-Gorbea, 1995; Lorrio, 2014), para cuya comprensión hay que utilizar datos lingüísticos y arqueológicos, los textos clásicos y las tradiciones etnológicas, tan olvidadas a pesar de su gran interés (Caro Baroja, 1946; Almagro-Gorbea, 2007; *id.* 1995; Moya, 2012).

En consecuencia, el estudio de los Celtas constituye uno de los temas más atrayentes de la Protohistoria de la Península Ibérica, esencial para comprender la formación de sus etnias y culturas, pero también es uno de los campos más complejos del mundo céltico, lo que, junto a su personalidad, suscita un creciente interés internacional.

Los significativos avances en el conocimiento de la evolución cultural de la *Hispania Celtica* permiten hoy precisar su origen y sus relaciones. La *Hispania Celtica*

forma parte de la *Keltiké*, pero ofrece una etnogénesis compleja, que se refleja en los diferentes pueblos celtas o “indoeuropeos” de *Hispania*. Entre estas gentes poco a poco se fue generalizando el castro como forma de vida, lo que trasluce una inestabilidad creciente, consecuencia del aumento demográfico y de la necesidad de controlar y defender sus pequeños territorios o *pagi*, generalmente reducidos a un valle, como consecuencia del predominio de la ganadería, en parte trashumante para evitar la aridez estival de los valles y de las llanuras meseteñas y la dureza invernal de las montañas, con las consiguientes tensiones por el control de los esenciales pastos de verano. Este proceso fomentó una organización social cada vez más jerarquizada y guerrera, que favorecería la formación de élites guerreras, que evolucionaron dando lugar a clanes gentilicios de carácter hereditario a partir de la Edad del Hierro (Almagro-Gorbea, 1994: 14 s.).

El habitat castreño perduró hasta época romana en las áreas más occidentales y septentrionales de *Hispania*,



Ajuar de guerrero del Bronce Final del depósito de San Esteban del Río Sil, Orense (según Almagro, 1960)

desde Galicia al País Vasco, como recogió el etnógrafo Posidonio y transmite Estrabón (3,3,7), quienes consideraron a dichas poblaciones montañosas como las más primitivas de *Hispania*. En efecto, la sociedad castreña refleja un substrato “protocelta”¹ de la Edad del Bronce que explica la proximidad cultural, socio-económica, lingüística e ideológica de Lusitanos, Galaicos, Astures, Cántabros, Vettonnes, Vacceos e incluso Celtíberos, aunque éstos, desde el siglo VI a.C. adoptaron clanes gentilicios y el uso del hierro para su armamento, muy abundante en el Sistema Ibérico y en el Sistema Central. Estos cambios explican la más rápida evolución de la Cultura Celtibérica, principal núcleo céltico en la *Hispania* prerromana, su marcado carácter aguerrido y su gran fuerza expansiva, que tanto facilitó la posterior y progresiva “celtiberización” de las restantes poblaciones afines (Lorrio 1997; *id.*, 2014).

La primitiva organización socio-económica de las gentes castreñas del Norte de *Hispania* es de gran interés

para comprender su concepto de la vida (González Echeagaray 1966; Peralta 2000; Torres, 2011). El castro o *castellum* era la unidad social de referencia, a la que aluden al indicar su nombre en inscripciones de época romana (Albertos 1976; *id.* 1988; Pereira 1982; Almagro-Gorbea 1994), existiendo divinidades específicas de los castros y de sus gentes, como *Aetobrigus*, *Lanobrigae* o *Band(ua) Araugel(ensis)*, representada como *Fortuna-Tyché* por ser la divinidad primigenia de toda la colectividad. Estas gentes explotaban la tierra en común, como los vacceos (Diod. V,34,3), tradición conservada en algunas comunidades tradicionales de la Península Ibérica (Costa, 1983), costumbre también documentada en Esparta, Argos y Messenia (MacDowell 1986: 89 s.) y en otros pueblos indoeuropeos, como eslavos o germanos, al ser anterior al desarrollo del sistema de clanes gentilicios y a la extensión de la propiedad familiar. Las mujeres hacían la labor del campo (Estrabón III,4,17; Justino 44,3,7) y, en consecuencia, las hijas daban esposas a los hermanos, ya que ellas heredaban la casa y la tierra, como entre los Pictos de Escocia (d’Arbois de Juvanville 1981: 173). Este sistema social puede considerarse semejante al de los Germanos organizado por gentes o clanes y parentelas (*gentibus cognatibusque*, César, b.G. VI,22). Estas observaciones permiten reconstruir la estructura guerrera de aquella primitiva sociedad en la que la división sexual de roles característica de toda sociedad de pastores-guerreros explica que la actividad varonil fuera la ganadería, la caza, la guerra y las racias de ganado, como ocurría en otras culturas célticas, como la irlandesa.

Para conocer las características etno-culturales de un pueblo hay que interpretar su sistema cultural de forma interrelacionada, desde la cultura material y la tecnología a la economía, la sociedad y la ideología y religión, integrando en este sistema los recientes estudios antropológicos basados en el ADN y los avances logrados en lingüística e incluso en la literatura protohistórica, conocida a través de la iconografía (Almagro-Gorbea, 2012). Sólo de esta forma se logra una visión completa y dinámica del proceso cultural que conforma una etnia, proceso que permite analizar sus características bélicas interrelacionadas en relación con todos los restantes campos del sistema cultural. Desde esta perspectiva etno-cultural interdisciplinar se comprende el carácter polimorfo y complejo de los Celtas y sus variaciones en el tiempo, desde el Calcolítico hasta la



FOTOS: E. PERALTA

Vista aérea del *oppidum* de Monte Bernorio (Palencia)

actualidad, y en el espacio, desde Irlanda y Galicia en el Occidente Atlántico hasta la lejana Galicia, en el corazón de Anatolia, y desde Escocia hasta la *Baeturia Celtica*.

Los Celtas son un pueblo de estirpe indoeuropea. Su origen todavía es mal conocido, pues, aunque la Arqueología tradicional los consideraba originarios de Europa Central, la lingüística más bien los relaciona con un tronco indoeuropeo oriental, que parece haber llegado a Occidente de Europa con el Campaniforme. Para los Griegos, los Celtas eran los pueblos que habitaban el Occidente de Europa, seguramente por conocer a gentes que se denominaban a sí mismos *Keltoi*, etnónimo cuya etimología, todavía discutida, ha perdurado en España hasta la actualidad en varios lugares de Galicia que todavía conservan el nombre de *Céltigos* (Madoz 1847: 302). Como toda denominación étno-cultural, a los datos de cultura material que ofrece la arqueología hay que añadir los lingüísticos, religiosos y literarios conservados en la literatura irlandesa y en las tradiciones folklóricas celtas que han perdura-

do hasta el siglo XX, lo que supone un nuevo panorama, mucho más rico y complejo, sobre esta problemática.

Los pueblos del Norte de *Hispania* formaban parte de los celtas de la Europa Atlántica, cuya personalidad cultural se remonta, al menos, a la cultura megalítica (Cunliffe, 2001). Sin embargo, Lusitanos y Celtas atlánticos son poblaciones indoeuropeas cuyo origen debe situarse en Europa Centro-Oriental a partir del Campaniforme, en el III milenio a.C. (Almagro-Gorbea, 2014), frente a los Celtyberos, que proceden de la Cultura de los Campos de Urnas (1400-800 a.C.) que penetró por el Noreste de *Iberia* y el Valle del Ebro a fines del II milenio a.C. (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999; Ruiz Zapatero, 2014).

Estos procesos de etnogénesis, más largos y complejos de lo que hasta ahora se suponía, permiten comprender el origen de las distintas sub-etnias y variaciones de la lengua que ofrecen los Celtas que habitaban la Europa Occidental y Central y también son esenciales para comprender sus

características y relaciones. La población celta de Irlanda remonta al menos a la Edad del Bronce, pues la literatura goidélica conserva ciclos mitológicos característicos de esa época y el reino del Ulster tenía su corte en *Emain Macha*-Navan Fort, yacimiento existente desde el Bronce Final (Raftery, 1994: 75; Lynn, 2003). También a la Edad del Bronce se remonta el ‘Leponcio’ del Norte de Italia (Lejeune, 1971; Eska, 1998), pues esta lengua celta era hablada por las gentes de la Cultura de Golaseca (900-450 a.C.), derivada de la Cultura de Canegrate (1400-1200 a.C.), grupo de Campos de Urnas originario de Europa Central establecido al Sur de los Alpes (De Marinis, 1988; *id.*, 1991). A su vez, las culturas de Hallstatt (800-500 a.C.) y de La Tène (500-50 a.C.) son culturas celtas, según evidencian desde Herodoto los autores clásicos. La Cultura de Hallstatt a su vez procede de la Cultura de Campos de Urnas (1400-750 a.C.) y ésta de la Cultura de los Túmulos (2000-1400 a.C.) sin solución de continuidad, por lo que éstas últimas pueden considerarse “protoceltas”. En consecuencia, en Europa Occidental las lenguas y gentes conocidas corresponden a pueblos ‘protoceltas’ cuyos orígenes parecen remontar a la Cultura Campaniforme (Gallay, 2001; Brun, 2009; Almagro-Gorbea, 2014: 192). De este substrato lingüístico y cultural común derivan las distintas familias y lenguas celtas documentadas en la Edad del Hierro. Este proceso de etnogénesis, que remonta al III milenio a.C., excluye la identificación tradicional de los celtas sólo con las culturas de Hallstatt y La Tène, pero es acorde con los datos arqueológicos y culturales hoy día conocidos y resulta paralelo al de otros pueblos indoeuropeos ya identificados con seguridad desde el II milenio a.C., como griegos, itálicos o germanos.

III. EL CONCEPTO DE LA GUERRA ENTRE LOS PUEBLOS DEL NORTE

Las tierras del Norte de *Hispania* corresponden a la Europa Atlántica o la España húmeda (fig. 1). Constituyen un territorio amplio y variado, con claras dificultades geográficas y de comunicación. Sus habitantes, que vivían relativamente aislados unos de otros articulados en los valles que ofrece la agreste topografía local de estas áreas montañosas, habían hecho de la guerra un fenómeno habitual, inherente a su cultura ganadera (Peralta, 2009), con una

estructura social muy primitiva, sin apenas desarrollo urbano (Peñalver, 2001; Almagro-Gorbea, 2002; Torres, 2010).

En la Edad del Bronce, de fines del III milenio hasta inicios del I milenio a.C., la Península Ibérica, como la mayor parte de Europa, prosigue un largo proceso de etnogénesis tras la fuerte expansión demográfica del Calcolítico, que contribuyó a conformar nuevas etnias en interacción con distintas corrientes etno-culturales que actuaban sobre el substrato preexistente. En este proceso se conformó en la *Hispania Celtica* un substrato cultural de guerreros-pastores comparable al de otras regiones de la Europa Atlántica, que favoreció la formación de élites guerreras como consecuencia de la necesidad de defensa de poblados y ganados y del control de vías de comunicación y pastos, lo que explica su pervivencia en la Edad del Hierro hasta la Romanización.

Durante el Campaniforme, a partir del 2500 a.C., se generaliza la metalurgia por toda la Península Ibérica y a lo largo de la Edad del Bronce aumentan y se diversifican los útiles metálicos, entre los que predominan las armas, que concentran los mayores recursos de metal y las innovaciones tecnológicas al pasar a ser símbolos de la elite social. Este proceso revela cómo la sociedad se fue haciendo cada vez más “guerrera”, a consecuencia del aumento demográfico frente a los limitados recursos agro-ganaderos y de materias primas, hecho que supondría crecientes conflictos. El “guerrero”, como individuo especializado en la guerra, pasó a constituir una minoría social necesaria para la supervivencia del grupo, ideque acabaría por imponerse a la sociedad y transformar la ideología.

En la Península Ibérica las sociedades ‘guerreras’ se remontan a la Cultura Campaniforme del III milenio a.C., cuando aparecen las primeras armas de metal, de función simbólica, que reflejan la creciente jerarquización de la sociedad de la Edad del Bronce, en la que las armas pasaron a ser símbolo ideológico y de prestigio social. Este uso de las armas como símbolo de estatus social guerrero se documenta en depósitos rituales, como los de Cuevallusa y Tramasaguas (Almagro-Gorbea, 1976; Blas Cortina, 2011), en ajuares guerreros, como el de San Esteban del Río Sil (Almagro, 1960, E-3), que corresponde a una panoplia del



FOTOS: E. PERALTA

Muralla del castro de Moriyón, Villaviciosa (Asturias). Las murallas de módulos de los castros astures son una adaptación de las murallas de cajones mediterráneas a partir del siglo IV a.C.

Bronce Final (fig. 2), y, en especial, en la tradición de estelas de guerreros que procede del mundo indoeuropeo de las estepas y que prosigue desde la Edad del Bronce hasta la Romanización sin solución de continuidad (Díaz Guardamino, 2010), pues representaba al *numen* del Héroe Fundador (fig. 3), como las figuras de guerreros de la Edad del Hierro a fines del I milenio a.C., entre las que destacan los “Guerreros “lusitano-galaicos” (Schattner, ed., 2003) o el herma de bronce de *Portus Victoriae*, Santander (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011: 108, fig. 49A). En consecuencia, el final del Calcolítico y la Edad del Bronce fue una etapa de intenso desarrollo de la tecnología bélica en *Hispania*, que se manifiesta en dos aspectos esenciales: el carácter defensivo de los poblados o “castros” y, sobretudo, en el desarrollo del armamento.

En la segunda mitad del II milenio a.C., en el Bronce Reciente y Final, aumentan los contactos externos y la creciente inestabilidad se refleja en poblados y en el armamen-

to. A fines del II milenio a.C. en las regiones atlánticas surgen los “castros” como poblados estables, caracterizados por ocupar lugares de fácil defensa, a veces reforzada con muros externos o murallas y fosos, que protegen una pluralidad de viviendas familiares sin orden, que reflejan una sociedad poco compleja y jerarquizada, pero también la inseguridad de esa “sociedad castreña”, siempre en peligro. El aumento demográfico propició una estructura cada vez más guerrera y exigía mayor esfuerzo en la defensa de los castros y sus pequeños territorios, pues razzias y guerras debían ser habituales, ya que su cultura ganadera favorecía la consolidación de elites guerreras que imprimieron carácter bélico a toda la sociedad (Almagro-Gorbea, 1995). Esta sociedad se documenta en la Irlanda céltica (Charles-Edwards, 1993) y en la *Hispania Celtica*, según indican los historiadores clásicos (Peralta, 2000; Torres, 2010).

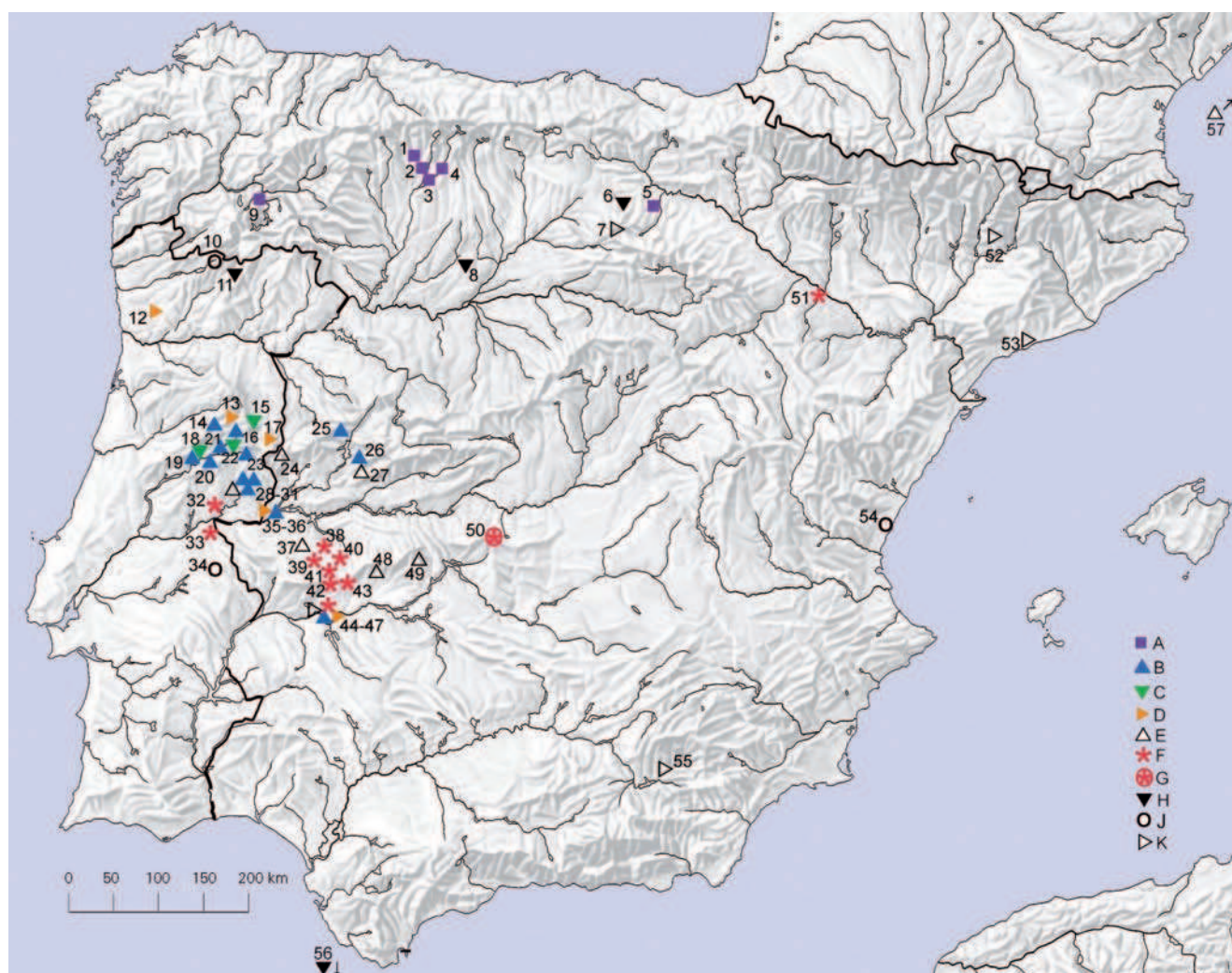
Más difícil es referirse a las formas de lucha. El arma esencial desde la Edad del Bronce debió ser la lanza (*lan-*

cea), palabra celto-hispana como indica Varrón (*Il.* XV,30,7; Grosse, 1924), que ha dado nombre a poblaciones como *Lancia* (*TIR* K-30, 138), Villasabariego, León, a pueblos como los *Lancienses* astures (Plin. IV,118), los *Lancienses Ocelenses*, *Lancienses Oppidani* y *Lancienses Transcudani* lusitanos (*CIL* II, 760; *TIR* K-29, 63 s.; Tovar, 1976, 253; Alarcao, 2001; Santos, 2009), además del grupo de *Lancii* documentado por antropónimos y gentilicios en el territorio meridional de *Turgalium*, Trujillo, Cáceres (Abascal, 1994: 168 y 396; AA.VV., 2003, 210). Estos hechos indicarían que *lancea* era un vocablo lusitano, como evidencia su dispersión (fig. 4), semejante a la de otros antropónimos compartidos por Lusitanos y Astures (fig. 5), como *Camalus*, *Boutius* y *Viriatius* (Untermann, 1966, 72 s., 85 s.; Almagro-Gorbea, ed., 2014, fig. 8), que parecen reflejar raíces ancestrales comunes. El uso de *lancea* para formar etnónimos puede compararse a los dorios (de *dóry*, asta) o los *gaesati* celtas (de *gaesum*, lanza), pues la lanza también era el arma ancestral de los lacedemonios (Tirteo, *frag.* 5,6 y 19,13 W), samnitas (*iouies hostatir*, de *hasta*, lanza) y de los antiguos romanos, ya que los *salios* tenían por arma la lanza. Entre estas tradiciones relacionadas con la lanza desde la Edad del Bronce está la de vender el botín de guerra junto a una lanza clavada en tierra (*sub hasta vendere* > ‘subastar’). El origen de la lanza debe buscarse en astas aguzadas, primero sin punta metálica, como el *hasta donatica* o *hasta pura* romana mantenida como recompensa militar (Helbig, 1908; Le Bohec, 1998), pero en la Edad del Bronce se le acopló una punta metálica, inicialmente unida por una lengüeta y después con un tubo para mejorar la inserción del astil (Briard y Mohen, 1975; *PBF*, 5). El depósito de San Esteban del Río Sil, en Orense, contenía una espada, dos lanzas y un anillo de nariz, que constituye el ajuar de un guerrero del Bronce Final Atlántico de hacia el 1100 a.C. (Almagro, 1060), y la lanza mantuvo su simbolismo en ritos de iniciación, como entre los *salios* de Roma (Martínez Pinna 1981: 128 s.) y los galaicos (Estrabón III,3,7).

También la espada es otro arma característica de la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea, 1976; Brandherm, 2003; *id.*, 2007), derivada del puñal campaniforme y reservada a los jefes por su alto costo en metal. Tenía carácter carismático y, como la lanza, se consideraba dotada de propiedades mágicas, como indican las leyendas artúricas. La

panoplia ofensiva se completaba con puñales, arcos simples y flechas y, sin duda, las hondas, que apenas evolucionan hasta la Edad del Hierro, además de la alabarda (Brandherm, 2003), un arma de prestigio antigua, heredera del ‘hacha de combate’ calcolítica, cuya importancia simbólica explica su aparición en estelas de jefes guerreros heroizados de tradición campaniforme. Finalmente, en el Bronce Reciente y Final aparecen nuevas armas defensivas desde el Atlántico y el Mediterráneo, como escudos, corazas y cascos, que pasan a caracterizar a las elites guerreras lusitanas, de las que derivan las estelas del Suroeste (Almagro, 1966; Celestino, 2001; Harrison, 2004; Díez Guardamino, 2010). Estrabón (III,3,6) todavía describe una anacrónica panoplia de la Edad del Bronce conservada en ritos iniciáticos lusitano-galaicos, formada por una pequeña rodela cóncava sin abrazadera ni asa, coraza de lino, casco de cuero, puñal y dardos o lanzas ‘con puntas de bronce’, que confirman tratarse de una pervivencia ritual. De este modo, a excepción de la equitación, todo el armamento utilizado en la Edad del Hierro se había creado en la Edad del Bronce, así como las formas de lucha y el carácter mágico de la guerra, desde entonces considerada sobrenatural, idea clave para comprender la mentalidad guerrera ancestral de Cántabros y Astures.

Por ello, desde el campaniforme se constata el ritual de depositar armas en cuevas, en peñas o en las aguas de ríos y lagos, en ocasiones con carácter funerario, o como ofrendas a la divinidad (Almagro-Gorbea, 1996; Vilaça, 1995) y se representan en estelas y grabados rupestres como símbolo guerrero del Héroe Fundador, asimilable al dios celta *Teutates*, el “padre del pueblo”, dios patrono del que míticamente se consideraban descendientes y que era protector en la paz y especialmente en la guerra (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011). Estelas como las de Collado de Sejos en Cantabria (fig. 3,1), de Tabuyo del Monte en León, de Soalar en el Valle de Baztán, Navarra, de Longroiva en Guarda, Portugal, y de Valdefuentes de Sangusín en Salamanca, con alabardas, espadas y arcos (Díaz Guardamino, 2010), representan al guerrero heroizado característico de una sociedad guerrera heroica, como la descrita en la épica homérica y la celta de Irlanda. Esta tradición celta suponía la existencia de antepasados divinizados convertidos en divinidades protectoras del poblado, de su territorio y de su población, que perduran hasta la romanización, como

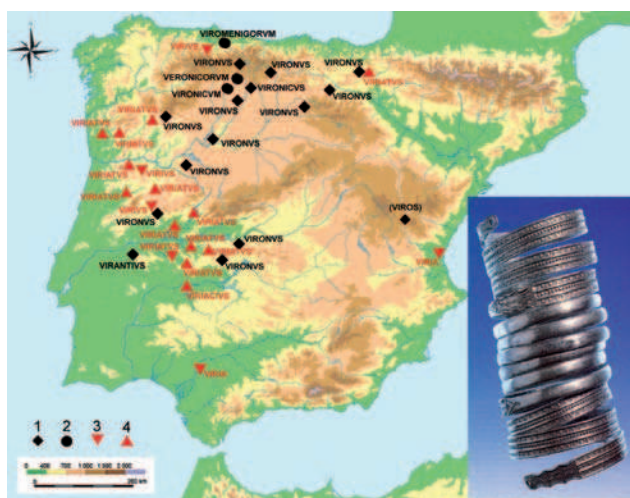


Dispersión del etnónimo *Lancienses* y de topónimos y antropónimos relacionados (A, *Lancienses Astures*; B, *Lancienses Oppidani*; C, *Lancienses Ocelenses*; D, *Lancienses Transcudani*; E, *Lancienses* sin especificar; F, *Lancius*; G, *Lancicum* (gentilicio); H, Antropónimos y *cognationes* formados con *lancea*; J, Casos dudosos; K, *Oppidanus/a* como *nomen* o *cognomen*: 1, León. 2, Villaturiel, León. 3, *Lancia*, Villasabariego, León. 4, Valle del Esla, León. 5, Tricio, La Rioja. 6, Belorado, Burgos. 7, Lara de los Infantes, Burgos. 8, Montealegre de Campos, Valladolid. 9, La Puebla de Trives, Orense. 10, Remeseiros, Vilar de Perdices, Montalegre. 11, Chaves, Vila Real. 12, Villa Fría, Caldas de Vizela, Guimaraães. 13, *Lancia Transcudana*: Póvoa do Mileu? 14, *Lancia Oppidana*, Centum Celas, Belmonte? 15, Penillanura de Penamacor y Cova da Beira. 16, Marco da Lameira, Vale Formoso, Belmonte. 17, Penillanura oriental de Sabugal. 18, Ferro, Covinha. 19, Penillanura de Penamacor y Cova da Beira. 20, Peroviseu, Fundão. 21, Capinha, Fundão. 22, Quinta de São Domingo, Pousafoles do Bispo, Sabugal. 23, Salvador, Penamacor. 24, Ribera Trebejana, Villalba, Villamiel. 25, Nuñomoral, Cáceres. 26, Villar de Plasencia, Cáceres. 27, Cerro Castrejón, Plasencia. 28-31, Idanha-a-Velha. 32, Lousa, Castelo Branco. 33, Salavessa, Montalvão, Nisa. 34, Vale da Seda, Fronteira, Portalegre, Alemtejo. 35-36, Puente de Alcántara, Cáceres. 37, Cáceres? 38, Trujillo, Cáceres. 39, Gaciaz-Madroñera, Cáceres. 40, Plasenzuela, Cáceres. 41, Puerto de la Cruz, Cáceres. 42, Abertura-Villamesías, Cáceres. 43, Alcollarín, Cáceres. 44-47, Mérida. 48, Logrosán, Cáceres. 49, Alía, Cáceres. 50, Malamoneda, Hontanar, Toledo. 51, *Caesaraugusta*, Zaragoza. 52, Isona, Barcelona. 53, Tarragona. 54, Sagunto, 55, Cortes de Baza, Granada. 56, Mechra-Sidi-Jabeur, Mauritania Tingitana. 57, Gyalokae, Panonia Superior.

evidencia el herma de Santander (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011: 108 s.).

Las tradiciones socio-ideológicas bélicas ancestrales de la Edad del Bronce perduraron hasta la Romanización

entre los celtas atlánticos. La táctica y las formas de combate dependían de su estructura social. Existían alianzas o *symmachiai* entre distintos poblados y tribus, basados en juramentos ante su divinidad guerrera (Liv. *per.* 48, Ap. *Ib.* 56, 66, 76, 80-82, 87, 94, Flor., *epit.* 3,22). En la sociedad



Viria del tesoro de Arrabalde, Zamora,
y dispersión del antropónimo *Viriatus* entre Lusitanos y Astures
(según M. L. Albertos): 1, *Virus* (hombre) y derivados;
2, *id.* en gentilidades; 3, *Virus* y derivados; 4, *Viriatus* y similares.

montañesa, poco estructurada y con poblados poco numerosos situados en los valles (Peñalver, 2001; Villa Valdés, 2002; *id.*, 2004; Torres, 2010), la movilización se reduciría a escasas decenas de personas, aunque la participación en las Guerras Lusitanas y en las Guerras Civiles, junto a la aparición de los *oppida* (fig. 6), como *Noega-Campa Torres* (Maya y Cuesta, eds., 2001), *Lancia* (González Alonso, 1997; Santos Yanguas, 2004; Guiral y Celis, 2007) o *Vellica-Monte Bernorio* (Torres, 2012), favorecería la formación de “ejércitos” más numerosos (Almagro-Gorbea, 1997; Peralta, 2009), aunque difícilmente podrían alcanzar escasos miles de hombres, cuya logística sería rudimentaria, lo obligaría a evitar los enfrentamientos en invierno en esas zonas montañosas de dura climatología.

La táctica se reducía a combates de infantería ligera sin capacidad para grandes batallas, por lo que predominarían las razzias, guerrillas y el asalto por sorpresa o de noche a las poblaciones para compensar los escasos efectivos, como evidencia el caso de Olíndico (Flor., *epit.*, 2,17,14). La población no se podía dedicar de forma permanente a la guerra, ni se podía mantener un ejército de mercenarios ni menos de soldados, por lo que la actividad bélica se reducía a la defensa o a adquirir recursos. Justino (44,3,7: *feminae res domesticas agrorumque administrant, ipsi armis rapinis serviunt*) señala que “las mujeres se ocupan de la tierra y la casa mientras que los hombres se dedicaban a la

guerra y las razzias”, como ocurría en la sociedad de la Edad del Bronce y en la primitiva sociedad celta irlandesa, heredera de esa misma tradición.

La guerra se practicaba sobre todo en forma de razzias, como indica Diodoro (5,34,6): *los que en edad viril carecen de fortuna y destacan por su fuerza física y valor ... con las armas se reúnen en las montañas y forman ejércitos, recorren Iberia y amontonan riquezas por medio del robo*. El mismo hecho refiere Estrabón (3,3,5): *en la región entre el Tajo y el país de los Ártabros... la mayor parte de las tribus han renunciado a vivir de la tierra y se dedican al pillaje, luchando constantemente entre sí y cruzando el Tajo para atacar a pueblos vecinos*. Estas formas de vida explican la larga experiencia en guerra de guerrillas, tan eficaz para luchar contra ejércitos superiores en número y armamento, como eran los romanos. Estas bandas realizaban sus correrías por las regiones occidentales de *Hispania*, la *Lusitania*, *Beturia*, *Vettonia* y *Gallaecia* (Apiano, *Iberia* 56-57 y 67-70; Orosio 5,5,12), pero también alcanzaban la Bética y las áreas ibéricas (Apiano, *Iber.* 64; Floro 1,33,15) hasta plena conquista romana.

El carácter sobrenatural de la guerra explica la existencia de complejos ritos bélicos, como la iniciación guerrera, el *ver sacrum* o emigración ritual, las luchas de “campeones”, cantos y danzas guerreras, la *devotio iberica* o pacto sacro de fidelidad hasta la muerte al jefe, y diversos sacrificios sangrientos (García Fernández-Albalat, 1990; Peralta, 1990; *id.*, 2000). En este contexto socio-cultural no existiría ejército especializado en una guerra continua, sino razzias de primera a otoño. El número de guerreros sería reducido y las tácticas simples para resolver conflictos con poblados vecinos por medio de emboscadas y guerrillas, practicando el bandolerismo y razzias en regiones apartadas, así como la tradición de fratrías y del *ver sacrum*. Existía igualmente la “lucha de campeones”, a juzgar por las grandes espadas para el combate individual. Estos pueblos conservarían costumbres indoeuropeas ancestrales, como evidencia la etimología de sus teónimos y sus ritos son comparables a algunos del mundo itálico y germánico, pues su origen debe buscarse en la religión y la sociedad indoeuropea anterior a la formación de la sociedad gentilicia céltica documentada en las culturas centroeuropeas del Hallstatt y La Tène.



FOTO: MUSEO DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DE CANTABRIA

Herma del puerto de Santander procedente de la península de la Magdalena

Entre las costumbres ancestrales originarias de la Edad del Bronce estaba la organización en clases de edad, que separaban niños, jóvenes y ancianos (Ap. *Ib.* 94) y que entrañaba la existencia de duros ritos de iniciación de origen indoeuropeo para entrar en las fraternías guerreras, alguno de los cuales ha perdurado hasta nuestros días (Moya, 2007), como la Vijanera, de Silio, Cantabria (fig. 7). Estrabón (3,3,7) indica que comían por orden de edad y prestigio como los Galos (Ateneo IV,152) y los dorios (MacDowell 1986: 113 s.), y los jóvenes en edad militar, la *iuventus*, formaba grupos dedicados a la caza, la racia y la

guerra (Diodoro 5,34,6) en territorios fronterizos o alejados de su poblado. Esta costumbre serviría para probar el valor antes de ser admitidos en sociedad, además de regular el posible excedente demográfico y de permitir el enriquecimiento personal con el botín, generalmente ganado, lo que denota una clara ideología guerrera que explica que Estrabón los comparara con los Lacedemonios, pues, como éstos y los *salios* de Roma (Martínez Pinna 1981: 128 s.), también los galaicos usaban la lanza en sus ritos de iniciación (Estrabón III,3,7).

Para formar parte de estas fraternías guerreras había que pasar ritos de iniciación característicos de toda sociedad guerrera (MacCone 1987). Estrabón (3,3,6) y Marcial (Epigr. 6,42,16) aluden a comidas frugales y a baños secos de sudor en saunas con piedras candentes seguidos de inmersión en agua fría y de unciones de grasa, que se han identificado en las “pedras formosas” de galaicos y vettones (Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís, 1993; Villa Valdés, 2007), a lo que, probablemente, se unía la inhalación de estupefacientes para representar el paso al Más Allá, de donde el joven salía “renacido” como guerrero, pues los baños otorgaban la invulnerabilidad y el *furor*, como Aquiles al ser bañado por Tetis (Dumézil, 1977: 575). En efecto, Lacedemonios, Romanos, Irlandeses, Galos y otros pueblos indoeuropeos ofrecen saunas semejantes, que representarían el paso al Más Allá, de donde el joven salía renacido como guerrero. Esta tradición de pisar el fuego como prueba iniciática para probar el valor personal puede explicar el rito de andar descalzos sobre brasas el día de San Juan, conservada en San Pedro Manrique, Soria, y en el Finisterre galaico (Alonso Romero, 2002: 111 s.). Otra posible huella de ritos iniciáticos pudieran ser los calderos del Bronce Final hallados en cuevas, como el de Cabárceño, que pudieran reflejar banquetes rituales, quizás asociados a canibalismo, como el banquete ritual en una cueva asociado a un rito iniciático del mito griego del Monte Liceo (Paus. 8,38,6-7; cf. Burkert, 1983: 88 s.; Cardete del Olmo, 2006). Quizás documenten también un rito iniciático los grafitos de la Cueva del Puente, en Orduña, Álava, en la que el 1 de noviembre del 235 d.C. penetró un *dux Nicolavus* con una decuria, aunque un tal Plácido debió no proseguir, pues al final sólo llegaron 9 hombres (*virii fortes*), que anduvieron 4.000 pasos tras recorrer 2.263 m desde la entrada (Ortega, 2004).

Estos ritos evidencian prácticas iniciáticas en las que el fuego y el agua hirviendo jugaban un destacado papel, mientras que la ingestión de una sola comida, pura y simple, recuerda la costumbre lacedemonia de privación de comida en estos ritos de paso y las comidas comunitarias propias de fratrías guerreras (Gernet, 1982: 51 s.), como los banquetes de convivialidad de las curias de Roma (Dion. Hal. 2,23,2). Por ello, estos ritos tienen numerosos paralelos en pueblos indoeuropeos, como escitas (Herodoto 4,73-75), dorios, en diversos pueblos itálicos (Virg. *Aen.* 11,785-788; Servio, *Ad Aen.* 11,785; Plinio, *N.H.* 7,19) y celtas centroeuropeos (Sidón Apolinar, *Ep.* 2,9,8-9) y de Irlanda (*La postración de Cúchulainn*, 36), existiendo costumbres semejantes por el Este y Norte de Europa entre escitas, eslavos y germanos que reflejan una tradición indoeuropea muy antigua del agua como punto de paso al Más Allá de donde volvía el guerrero renacido. También realizaban juegos gimnásticos y cantos y combates rituales (Apiano, *Iberia* 71; Diodoro 33,21; Estrabón 3,3,7) y algunos guerreros usaban lanzas “con puntas de bronce”, lo que a fines del I milenio a.C. sólo se explica como una pervivencia de rituales de la Edad del Bronce.

Los jóvenes, tras alcanzar la edad militar y pasar las pruebas iniciáticas, como las que han perdurado transformadas en fiestas populares (Moya, 2007; *id.* 2012, 250 s.), se integraban en la *iuventus* y formaban fratrías guerreras dedicadas a la caza, la *razzia* y la guerra en territorios alejados de su poblado como *latrones* o bandoleros, tal como refieren los citados texto de Diodoro (V,34,6) y Estrabón (III,3,5). Estas fratrías guerreras practicaban vida de *latrones* o bandoleros, como Rómulo y Remo (Virg. *Aen.* 7,678-681) en Roma, costumbres propias de fundadores míticos de pueblos de la Antigüedad que habían sido previamente *latrones*, concepto que debió gozar de prestigio en la época, pues pasó a la antroponimia hasta época medieval, como Ladrón de Guevara. Ello servía para probar la *virtus* o valor antes de ser admitidos en la sociedad, además de regularía de este modo el excedente demográfico y permitiría adquirir riqueza con el botín, generalmente ganado, a ser posible lejos del propio poblado para evitar conflictos locales, hasta encontrar donde asentarse. Este tipo de vida tenía como alternativa ser exterminados si no se triunfaba, lo que aumentaba la inseguridad de toda la sociedad y explica su carácter guerrero y expansivo,

como señala Estrabón (García Fernández-Albalat 1990; Ciprés 1990; *id.*, 2002; Peralta, 1990; *id.*, 1991; Almagro-Gorbea, 1997). Esta organización guerrera es comparable a las de otros pueblos indoeuropeos (Benveniste 1969: I, 222 s.; McCone 1987), como los *luperci* (Ulf, 1982), guerreros desnudos, relacionado con el *flamen Martialis*, cuyo jefe era Rómulo (Alföldi, 1974; Dumezil 1977: 148 s.) o las bandas de guerreros infernales o los *fianna* del *Ciclo de Finn*, que vivían al margen de la sociedad dedicados a la guerra y la caza tras pasar pruebas guerreras iniciáticas, según recoge la épica irlandesa (Alberro, 2009).

Estas fratrías guerreras pregentilicias (Ciprés 1993; Peralta 1990; *id.* 1991; Almagro-Gorbea 1997) son comparables a las de otros pueblos indoeuropeos (Benveniste 1969: I, 222 s.; McCone 1987) y practicarían costumbres como el *ver sacrum*, consagración de todos los nacidos en un año que les obligaba a emigrar, formando expediciones guerreras y practicando el bandillaje hasta encontrar donde asentarse o ser exterminados, forma de vida característica de esta sociedad preurbana que contribuiría a la inestabilidad e inseguridad de toda la sociedad castreña, pero que también explica la gran capacidad de expansión de pequeños grupos a grandes distancias, como indican Diodoro (V,34,6) y Estrabón (3,3,5).

Estos grupos estaban dirigidos por un jefe carismático, *dux* en la precisa terminología latina, (Flor., *epit.*, 2,17,13), elegido por su capacidad para la guerra (Ap., *Ib.* 45, 46, 56, Dion. Síc. 31, *fr.* 42,33, *fr.* 16), pues era el individuo más poderoso (Capalvo, 1996: 150), dotado de prestigio y de poderes sobrenaturales, como el héroe celta irlandés *Fionn* (MacKillop, 1986), jefe de fieles guerreros, los *fianna*, cuya infancia extraordinaria se relaciona con el *sidh* o Más Allá y que se desposa con la diosa Tierra, lo que le otorgaba fuerzas mágicas. Estas creencias permiten interpretar los guerreros representados en la larga tradición de estelas de guerrero originaria del Campaniforme que finaliza en las esculturas de los guerreros lusitanos (Almagro-Gorbea, ed., 2014, 183 s.) y también el caso del celtíbero Olíndico, poseedor de una lanza de plata sobrenatural recibida del cielo (Flor., *epit.*, 2,17,14).

Estos jefes guerreros carismáticos gozarían de gran prestigio en la sociedad y sus armas tendrían propiedades



FOTOS: REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, RAFAEL BOLADO Y MUSEO ARQUEOLÓGICO DE PALENCIA

Téseras de hospitalidad celtibéricas del territorio cántabro

sobrenaturales, pues eran el símbolo de su poder y autoridad, tradición que perduró hasta la Alta Edad Media en el ciclo artúrico celta medieval y en las gestas iniciales de la Reconquista, dada su ascendencia céltica. Las gestas de estos héroes se narraban en cantos épicos guerreros, pues Diodoro (5,29,3) recoge que *cuando alguno acepta un reto para luchar, prorrumpen en cánticos alabando las hazañas de sus antepasados y cantan peanes cuando atacan a sus enemigos* (id. 5,34). Silio Itálico (3,346-350) precisa que eran “en la lengua de sus antepasados”, lo que evidencia una épica ancestral de carácter guerrero, que perduró hasta el Medio Evo. También Eliano (*Hist. Div.* 12,22) indica que *tienen como sujeto de sus cantos a quienes entre los suyos hallaron en la guerra una bella muerte...* y Apiano (Ib. 71) en los funerales de Viriato y

Salustio (*Hist.* 2,92) confirman la existencia de cantos épicos.

Esta *devotio* indoeuropea (Benveniste 1969: 67-78; García Fernández-Albalat, 1990: 237) (*b.G.*, 3,22; *Tac.*, *Germ.* 13 y 14; etc.) está atestiguada entre Celtiberos (*Plut.*, *Sert.* 14; *Val. Max.* 2,6,14; *Gelio* 15,22; *Orosio* 5,23; etc.), Lusitanos (García Fernández-Albalat, 1990: 238 s.), Vettonos (*Ap.*, *Ib.* 56-57 y 67-69) y Cántabros (*Sil. It.*, *Pun.* 16,46-50; cf. Peralta, 1990; *id.*, 2000: 154 s.), pero también entre los Iberos septentrionales, como los caudillos ilergetes Indíbil y Mardonio (Ramos Loscertales 1924; Rodríguez Adrados 1946) y Estrabón (3,4,18) relata que “*es costumbre ibérica (hispanica)... consagrarse a aquellos a quienes se vinculan hasta el punto de morir voluntariamente por*



FOTOS: E. PERALTA

Oppidum de La Ulaña

ellos” y según Plutarco (*Sert.* 14) “es una costumbre ibera (*hispana*) que los que militan junto al jefe perezcan con éste si muere, lo que los bárbaros llaman consagración...”. A estos jefes se debía obediencia absoluta, quedando vinculados a ellos hasta la muerte por un pacto de fidelidad de carácter sacro, la *fides* o *devotio ibérica* (Ap. *Ib.* 56-57, 67-69, 71; Liv. 25,17,4 y 38,21). Esta tradición de la *devotio* debe considerarse originaria de la Edad del Bronce, pero perduró hasta época romana, como evidencian los casos de Viriato y Sertorio (García Fernández-Albalat, 1990: 238 s.), documentándose costumbres semejantes en otros pueblos indoeuropeos (César, *b.G.*, 3,22; Tac., *Germ.* 13 y 14; Benveniste 1969: 67-78; García Fernández-Albalat 1990: 237).

Esta tradición explica que los combates de “campeones” (Liv., *per.* 48,20; Apiano, *Ib.* 53) puedan ser entendidos como un ordalía divina, que se adaptó a la estructura gentilicia clientelar al desarrollarse ésta, como también existían asambleas guerreras, formadas por los *iuvenes* o jóvenes guerreros (Ciprés, 1993), en las que se elegía a mano alzada al *dux* o jefe (Apiano, *Iberia*, 45-46). La ico-

nografía y las referencias históricas documentan la importancia del combate individual heroico, la “lucha de campeones” o *monomáchion*, para dirimir enfrentamientos personales y conflictos colectivos (Liv., *per.* 48,20; Apiano, *Iberia* 53), hecho frecuente entre los celtas (Diod. Síc. 5,29,2-3). La suerte personal del guerrero en el combate la decidía el Destino para él y sus seguidores, a modo de *ordalia* o juicio divino muy acorde con su sentido sobrenatural de la guerra, como en la épica homérica y en los poemas irlandeses. Por ello, los enfrentamientos personales o colectivos podían decidirse en un combate individual de tipo heroico entre dos guerreros destacados o “campeones”. Esta costumbre se documenta en la *Ilíada*, en la épica céltica irlandesa y entre los galos (Diodoro Sículo 5,29,2-3) y también aparece entre los celtas hispanos representada en un conocido vaso de Numancia y documentada en episodios como el de Escipión, cuando como joven tribuno (Liv. *per.* 48,20) derrotó a un celtíbero de gran tamaño que lo había retado (*Ib.* 53; Pol. 35,5; Veleyo 1,12,4; Plut. *praec. ger. reip.* 804: 29; Ampelio 23,3; *De viris ill.* 58; Oros., *hist.* 4,21,2).

Tales costumbres, recogidas por los historiadores romanos, a veces como tópicos que resaltaban la “barbarie” de un enemigo cuyas costumbres les resultaban extrañas, reflejan el espíritu guerrero de las poblaciones celto-hispanas. Cicerón (*Tusc.* 2,65) señala que los Celtíberos, frente a los Griegos, *in proeliis exultant, lamentantur in morbo* (“se alegar en la lucha y se lamentan en la enfermedad”), idea confirmada por Eliano (*Hist. Div.* 12,22) para quien *no hay otros que amen el peligro como los celtas*, y es igualmente conocida la costumbre de preferir morir a entregar las armas (Dion Casio, *fr.* 75; *De vir.* *Ill.* 71). Este espíritu era resultado de la citada tradición ancestral de guerreros-pastores, adecuada al medioambiente, que implicaba luchas de campeones, razzias para robar ganado y que debió verse reforzada por la estructura gentilicia clientelar. Tales costumbres impregnaban de carácter guerrero a toda la sociedad, lo que explica la capacidad de lucha y de resistencia a Roma de la sociedad celto-hispana y, en particular, de Cántabros y Astures.

También realizaban sacrificios sangrientos. Estrabón (3,3,7) narra que hacían hecatombes y sacrificaban chivos, caballos y prisioneros a una divinidad guerrera que identifica con *Ares* (Marte) (Bermejo 1986: 87 s.; García Fernández-Albalat 1990: 325 s.; Olivares 2002) y practicaban la adivinación sacrificando prisioneros (Estrabón III,3,6; Plutarco, *Quest.Rom.* 88) y en *Bletisama* (Ledesma) se sacrificaba a un hombre y un caballo para firmar la paz (Livio, *per.* 48). Los Cántabros hacían sacrificios de caballos (Hor., *Carm.* 3,4,34; Silio Itálico 3,361), tradición indoeuropea que pudiera relacionarse con el rito romano del *october Equus* y con las citadas noticias de sacrificios ecuestres que refieren Livio y Estrabón. Otro ritual guerrero documentado es el de cortar la cabeza o las manos a los vencidos (Torres, 2010, 399 s.) y, verosímelmente se vestirían de hombre-lobo, pues este animal era símbolo de fiereza, costumbre documentada en la iconografía y por la noticia de Apiano (*Ib.* 48) de que los heraldos de *Nertobriga*, La Almunia, Zaragoza (Muñiz, 2001) iban cubiertos por una piel de lobo, ya que el lobo siempre ha sido la fiera más temida, considerada de carácter infernal y asociada a la noche, la guerra y la muerte, pues actúan en manada dirigidos por el individuo más fiero y poderoso, al que siguen todos. Este hecho explica que el lobo fuera el modelo y símbolo de estos grupos o fratrías gue-



FOTOS: ÁSTUR PAREDES

Lanza de bronce, de empuñadura tubular, de Tineo.
A la derecha, en hierro, del castro de Caravia. Ambas en el
Museo Arqueológico de Asturias

rreras indoeuropeas muchas de ellas de carácter funesto (McCone 1987), como los *Lupercales* de Roma (Alföldi 1974: 96 s.; Ulf 1982), los *Hirpi Sorani* samnitas (Alföldi 1974: 121 s.; etc.), los Lucanos (Alföldi 1974: 129), etc. Estas tradiciones también se atestiguan en el culto de los *Lykaia* de la región del Parnaso en la Arcadia (Liv. I,3; Paus. X,6,2 y X,14,7) o en los *Ülfhenhnr* o “pieles de lobo” germanos (Dumézil 1940: 101 s.; McCone 1987), etc., explicando el epíteto y carácter lobuno de divinidades como Marte, *victor Martius lupus* (Dumézil 1977: 180, 192) y, en Grecia, los Lycaones, los Dánaos, o Apolo

Lykeios, relacionado con la iniciación de jóvenes en grupos de guerreros infernales o *ferialis exercitus*

Apiano (*Ib.* 71), Diodoro (33,21) y Estrabón (III,3,7) refieren que los guerreros realizaban juegos gimnásticos, combates rituales y que en la guerra “avanzan con movimiento rítmico y cantan peanes cuando atacan a sus enemigos” (Diodoro 5,34), tradiciones similares a las de otros pueblos indoeuropeos, como los lacedemonios (Tucid. V,69,2; V,70), los curetes de Creta (Jeanmarie, 1939), los salios de Roma y de Veyes (Verg. *Aen.* 7, 723-4), los guerreros de la India védica (Brelich 1962: 34), etc., cánticos generalmente conservados en ritos de iniciación (Jeanmarie 1939; Brelich 1962: 53).

El carácter sacro y sobrenatural de la guerra, por ser una actividad relacionada con el mundo infernal y sus divinidades, explica que existieran otros ritos específicos, semejantes a los del *ius fetialis* o derecho de guerra de Roma y supersticiones como la transmitida sobre el temor de los habitantes de *Palantia* a proseguir la persecución de los romanos vencidos ante un prodigio que considerarían una intervención divina (Ap. *Ib.* 82).

En estas sociedades en guerra endémica la situación de inseguridad no permitía distinguir entre enemigo y extranjero (*hostis* en la terminología latina). Ello exigía pactos específicos entre los jefes, que vinculaban a su clan y seguidores (Ap. *Ib.* 50, 79), amparados por la divinidad de la guerra, probablemente su *Teutates* o Héroe Fundador. Los pactos de hospitalidad aunaban para siempre a sus contrayentes y Diodoro (5,34) señala que *los celtiberos son crueles con los enemigos pero da prestigio ser hospitalario con los huéspedes*, tradición relacionada con las téseras celtibéricas de hospitalidad (fig. 8), que llegan hasta Cantabria (Jordán, 2004: 237 s.; Peralta, 1993; Fernández Vega y Bolado, 2011; Torres y Ballester, 2014) y que reflejan estos ritos ancestrales. La forma de jabalí, caballo, toro, lobo o de cabeza humana pudiera reproducir la víctima utilizada en el sacrificio que sellaría el pacto, como también lo sellaba el darse la mano, como Glauco y Diomedes en la *Iliada* (VI, 119-236) tras renunciar a combatir por existir un antiguo pacto de hospitalidad entre sus familias. Esta costumbre explica las téseras de hospitalidad hispanas en forma de mano (fig. 8,c), de acuerdo con una

ancestral tradición indoeuropea mantenida desde la Edad del Bronce hasta la actualidad.

IV. LA FORMACIÓN DE LAS ELITES GENTILICIAS Y GUERRERAS

A partir de mediados del I milenio a.C. la progresiva expansión de la Cultura Celtibérica y de su nuevo sistema socio-económico gentilicio clientelar supuso por toda la *Hispania Celtica* que los pequeños castros evolucionaran progresivamente hacia grandes *oppida* (fig. 8), ya contemporáneos de las luchas con Roma. Los castros más antiguos ofrecen viviendas circulares dispuestas sin orden, tipo de vivienda que ha perdurado en áreas marginales como Galicia hasta época romana y en zonas montañosas hasta nuestros días. Pero a partir del siglo VI a.C., las casas redondas aparecen sustituidas por rectangulares con medianiles comunes con un urbanismo de “poblados cerrados” con murallas reforzadas por fosos y piedras hincadas (Almagro-Gorbea 1994: 24 s.; Lorrio 1997: 65 s.). Este urbanismo originario de los Campos de Urnas avanzó desde la Meseta hacia el Atlántico (Almagro-Gorbea, 1994), asociado a la incineración y a morillos rituales que suponen creencias en la heroización (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011) y que, en el campo social, indican la aparición del sistema gentilicio. Esta nueva organización social gentilicia de origen indoeuropeo se caracteriza por la descendencia patrilineal de un antepasado común mitificado, el Héroe Fundador o *Teutates* (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011), el *numen*, *genius familiaris* o divinidad tutelar de la familia, del que el *pater familias*, su descendiente directo, recibía la *auctoritas* y la *potestas* como señor absoluto de la casa y sacerdote del grupo familiar, que incluía propiedades, clientes y siervos.

Estos grupos gentilicios podían abarcar numerosas familias, por lo que el *pater familias* equivaldría de hecho al *rix* de todo un poblado y su territorio, siendo su Héroe Fundador la divinidad patrona y protectora de toda la comunidad, lo que facilitaría que, en su evolución final, el culto doméstico al “héroe fundador” familiar se convirtiera en el *conditor* de toda la población y ya se venerara en templos públicos. En este proceso la ocupación cada vez más estable del suelo a partir de la Edad del Hierro y



FOTOS: MAPL (1), CASES ORTEGA (2), E. PERALTA (3), MUNIBE (4), MAA (5-6)

Simbología de las élites ecuestres del área ástur-cántabra: 1- Fíbula de jinete de León (Museo Arqueológico Provincial de León). 2- Fíbula de jinete de Lancia (Museo Arqueológico Nacional). 3- Estatuilla de jinete de Retortillo (Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria). 4- *Signum equitum* de Ornedo-Sta. Marina (Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria). 5- Fíbula de caballito del castro de Cellagú, Oviedo (Museo Arqueológico de Asturias). 6- Fíbula de caballito de Caravia (Museo Arqueológico de Asturias).



FOTOS: E. PERALTA Y MUSEO DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DE CANTABRIA
Estelas funerarias de San Vicente de Toranzo
y de Zurita de Piélagos (Cantabria).

el diferente acceso a los medios de producción introdujo diferencias sociales acentuadas por la aparición del artesanado y estimuladas por el influjo colonial. El *heredium* o propiedad familiar equivalente a un huerto se extendería progresivamente favoreciendo el desarrollo del sistema clientelar, por el cual el cliente renuncia a sus propiedades y divinidades tutelares buscando protección en un patrono del que pasaba a depender adoptando sus divinidades familiares, quedando de hecho englobado en un grupo social mayor y, en consecuencia, más fuerte. Todos estos cambios aparecen asociados a la evolución hacia poblados cada vez más complejos, los *oppida*, como

resultado de un proceso de urbanización que culmina con la romanización.

Paralelamente, el contacto con el mundo ibérico facilitó una creciente asimilación de elementos mediterráneos a lo largo de la segunda mitad del I milenio a.C. La aparición del hierro, de espadas de frontón, de fibulas y de cerámicas a torno testimonian estímulos mediterráneos desde el siglo VI a.C., proceso que se acentúa a partir del siglo IV a.C., cuando se produce la temprana asimilación del molino circular y de cascos de tipo calcídico, llegados a través del mercenariado (Lorrio 1997: 147 s.; Graells, Lorrio y Quesada, 2014). Este proceso es esencial para comprender, desde la Arqueología, la personalidad cultural de los Celtas de *Hispania*, pues se fueron aproximando a la Cultura Ibérica, diferenciándose progresivamente de la cultura de La Tène generalizada por otras zonas del mundo céltico.

Esta apertura al Mediterráneo culmina en la última fase de la Cultura Celtibérica, a partir de fines del siglo III a.C., cuya expansión hacia áreas periféricas representa su evolución final hacia la vida urbana, con la generalización de *oppida* (fig. 6), que constituían la capital de pequeñas ciudades-estado regidas por elites ecuestres que facilitaron la difusión del urbanismo mediterráneo, la escritura y la moneda (Almagro-Gorbea, 2005). En consecuencia, a partir del siglo III a.C. la población en castros característica de la *Hispania Celtica* tiende a concentrarse en *oppida*, grandes poblaciones fortificadas, generalmente situada en alto, que eran el centro político y administrativo de un territorio o *chora* (Diod. Sic. 33, fr. 24), cada vez más amplio y jerarquizado, que incluía castros y poblaciones menores, por lo que en la mayor parte de los casos puede considerarse ya como auténticas ciudades-estado, ya que tales *oppida* eran auténticas ciudades, *civitates* o *polis*, como los denominaron los historiadores de la Antigüedad, lo que explica su asociación a las entidades étnicas a medida que éstas adquirían personalidad política (Almagro-Gorbea, 1994: 26 s.; Lorrio, 1997: 103 s.).

En la Península Ibérica los *oppida* proceden del creciente desarrollo de los castros. Este proceso, reflejo de la creciente complejidad socio-cultural del mundo céltico, ya



Torques de Langreo, Asturias (Museo del Instituto Valencia de Don Juan, Madrid)

se inicia en algunas áreas en el siglo VI a.C., pero cristalizó favorecido ante la presión militar de cartagineses y romanos, por lo que este fenómeno en la Celtiberia precede ligeramente a la aparición de la Cultura de los *oppida* de Centroeuropa, aunque su reflejo fuera menor y más tardío entre Asures y Cántabros.

Característica de esta fase es la “cerámica celtibérica”, asociada a la introducción del torno de alfarero y decorada con tonos vinosos como la cerámica ibérica; las monedas, derivadas de las ibéricas en tipos y metrología a partir del siglo II a.C. (Untermann 1975: 84 s.; Villaronga 1979: 167 s.); la escritura (Untermann, 1997; Jordán, 2004), adoptada por los celtiberos de los iberos antes del siglo II a.C., usada para pactos de hospitalidad (fig. 8), y estelas funerarias (fig. 3,b-c y 9,a). Todo ello da idea del desarrollo alcanzado y del rápido progreso del mundo celtibérico

hacia formas de vida urbana, hasta que Roma fue imponiendo su dominio político a lo largo del siglo II a.C. y acabó absorbiendo la cultura céltica.

Muy importante en la evolución de los *oppida* celticos fue la aparición de una elite de *equites* o caballeros (Almagro-Gorbea, 2005), que pasó a tener un papel social esencial, tras haberlo tenido en las luchas con Roma, pues, aunque la base del ejército era la infantería, la caballería fue ganando importancia durante la Conquista Romana, en especial entre Celtíberos y Vacceos, cuya proporción infante/jinete de 4/1 era muy superior a la de 10/1 habitual en el ejército romano (Almagro-Gorbea, 1997). De los Vacceos y Celtíberos la caballería pasó a Cántabros y Astures, como evidencian algunas fibulas de caballito (Almagro-Gorbea y Torres, 1999) y estelas funerarias con motivos ecuestres (Peralta, 2000: 248 s., fig. 115 s.), que cabe rela-

cionar con los gentilicios en genitivo de plural que documenta la epigrafía (González, 1986).

Los textos ofrecen testimonio de estos caballeros celto-hispanos, como los que seguían *Moericus* o *Allucius* o los “cuarenta caballeros nobles”, *quadraginta nobiles equites*, que T. Sempronio Gracco incorporó a su ejército en la ciudad celtibérica de *Certima* (Liv. 40.,47), no como rehenes, sino con función militar, *militari iussi*, y en prueba de fidelidad, hecho que revela una política de atracción de las élites ecuestres que los romanos prosiguieron hasta la plena incorporación del mundo indígena. Estos *equites* constituirían las élites rectoras de sus *oppida* y *civitates*, siendo quienes se enfrentaron a Roma hasta ser aniquilados o romanizarse integrándose en la clientela romana, siendo su importancia similar a la que tuvieron en las Galias. Con ellos cabe relacionar una institución céltica documentada por la onomástica, pues *Ambatus* (Albertos 1983; Almagro-Gorbea 1992: fig. 13B; Abascal 1994: 269 s.) parece un nombre relacionado con los clientes de las élites aristocráticas, los *ambacti* o *soldurii*, cuya concentración en zonas de expansión celtibéricas del Alto Ebro y de la Lusitania confirmaría su relación con dicha estructura social. También los pactos de hospitalidad con zonas a veces muy apartadas y las fibulas de caballito evidencian la expansión creciente de estas élites ecuestres por áreas como Extremadura, el Valle del Ebro, Asturias y Cantabria (Almagro-Gorbea y Torres, 1999).

La eficacia de esta organización gentilicia clientelar y guerrera ofrece la clave para comprender la expansión celtibérica, paulatinamente impuesta sobre el sistema social anterior, “proto-céltico”, de los pueblos septentrionales de *Hispania*, originario de la Edad del Bronce. Esta estructura socioeconómica, favorecida por la clientela personal y adecuada al medioambiente pastoril, facilitaba el desarrollo del mercenariado, la continuidad de la tradición de racias para el pillaje y robo de ganado y, en general, la tendencia expansiva de esta sociedad guerrera con la consiguiente “celtización” del substrato “protocéltico”, proceso que iría transformando social, ideológica y lingüísticamente el estrato precedente, hasta la conquista romana.

Esta sociedad gentilicia guerrera se fue generalizando hacia los pueblos del Occidente y del Norte de *Hispa-*



La bipenne ástur-cántabra:
Denario de Carisio (Staatliche Museen zu Berlin)
y hacha en miniatura de Herrera de Pisuerga
(Museo Arqueológico de Palencia).

nia, zonas hacia las que la expansión celtibérica mostró particular preferencia dada la similitud de substrato y de organización socio-económica. El substrato cultural, lingüístico y religioso celta del Bronce Final se extendía por el Occidente y el Norte de *Hispania*, aunque también se atestigua con menor intensidad por el Centro, en elementos arcaicos conservados en la Cultura Celtibérica, donde se perciben restos de este substrato en desaparición. Estos elementos comunes explican la afinidad que muestran pueblos celtas del centro de la Península, como

Pelendones, Vacceos y Vettones, con los del Occidente, como Lusitanos y Galaicos, y los del Norte, como Astures, Cántabros, Berones, Turmogos, Autrigones, Caristios y Várdulos, pues este substrato sería progresivamente absorbido al surgir y expandirse la Cultura Celtibérica a partir del siglo VI a. C., lo que permite comprender la proximidad cultural, social, lingüística e ideológica entre todos los pueblos originarios de dicho substrato “protocéltico”.

Elementos arqueológicos, lingüísticos, sociales e ideológicos de la Cultura Celtibérica se expandieron hasta las poblaciones celtas del Norte de *Hispania*, como evidencia la aparición de clanes gentilicios (González 1986; Beltrán 1988) y la dispersión de las citadas fíbulas de caballito (Almagro-Gorbea y M. Torres 1999), de antropónimos y topónimos en *Seg-* (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987, mapa 3), de estructuras sociales célticas, como testimonian el antropónimo *Ambatus* (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987, mapa 5; Abascal, 2004, 269 s.) y de los pactos de hospitalidad (Untermann, 1965: 157; Almagro-Gorbea y Lorrio 1987, mapa 6; Peralta, 1993; Fernández Vega y Bolado, 2011; Torres y Ballester, 2014). La dispersión coincidente de estos elementos desde el Centro hacia el Norte de *Hispania* sólo se explica por su pertenencia a una misma cultura, cuya zona nuclear era la *Celtiberia* de los escritores clásicos, desde donde una progresiva celtiberización parece haberse extendido hacia las zonas septentrionales y occidentales, las más favorable dado su medioambiente pastoril y su substrato socioeconómico y etno-cultural similar.

V. CONCLUSIÓN

La peculiar sociedad guerrera en los pueblos celtas del Norte de *Hispania* es producto de un complejo proceso de etnogénesis de larga duración que arranca de tradiciones de pueblos pastores indoeuropeos derivadas del Campaniforme. Los avances tecnológicos de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro explican cambios en la panoplia al adoptar armas de hierro y, paralelamente, en las tácticas, mientras que el hábitat y la sociedad evolucionaron hacia *oppida* proto-urbanos, pero en el campo ideológico, base de su concepción de la vida y de la guerra, se mantuvieron mitos y ritos propios de sus creencias religiosas ancestrales.

La expansión de los Celtíberos en los últimos siglos a.C. hacia las regiones septentrionales de *Hispania*, influyó progresivamente sobre el anterior substrato del Bronce Atlántico. Este proceso explica las diferencias y afinidades entre los Celtíberos y los pueblos celtas del Norte, como Cántabros y Astures, celtiberización que apenas modificó aspectos formales, como la conversión del Héroe Fundador en *Heros equitans* al difundirse entre las elites la tradición ecuestre en los siglos II y I a.C.

Estas características socio-ideológicas constituyen la clave para comprender el desarrollo de la Guerras Cántabras, tanto en sus aspectos tácticos, como, en especial, para conocer las características de los pueblos cántabros y astures y su concepto de la guerra, más allá de los detalles y tópicos que tanto llamaron la atención a los autores clásicos que nos los han transmitido.



¹ Se utiliza el término “protocelta” para designar el sistema cultural del que proceden las poblaciones celtas conocidas a partir de mediados del I milenio a.C.

